

entre do casas rivales. Una de ellas que residía en Heracleópolis fué contada por los cronólogos como una X dinastía. La guerra se extendió de Norte á Sur y se prolongó con vario suceso. Al principio la habilidad de los príncipes de Sint, Khitoui I, Tefahis, Khtoni II, pareció favorecer á los heracleopolitanos, pero pronto varió la fortuna. Los tebanos, aunque vencidos, volvieron á la carga y después de luchar dos siglos, derrotaron á los últimos heracleopolitanos reuniendo bajo su autoridad todo el Egipto.

El cuadro siguiente reconstituye, en lo posible, las dinastías cuya historia acabamos de referir:

VI DINASTÍA (ELEFANTINA)

- | | |
|-----------------------------|----------------------------|
| I. Teti. | IV. Nofirkeri Pepi II. |
| II. Miriri Pepi I. | V. Mirinri Mihtim-sauf II. |
| III. Mirinri Mihtim-sauf I. | VI. Nitakrit. |

VII DINASTÍA (MEMFITA) (?)

VIII DINASTÍA (MEMFITA) (?)

IX Y X DINASTÍAS (HERACLEOPOLITANAS)

- | | |
|----------------------|-------------------------|
| I. Khitni I Maribri. | IV. Nofirkari. |
| II. Nebkari. | V. Khitoui II Ouahkari. |
| III. Marikeri. | |

CAPITULO III

Periodo tebano.—De la XI á la XV dinastía (imperio medio).

La XI dinastía.—Comienzos del poder tebano.—
XII Dinastía.—Conquista de la Nubia.—El lago Moeris.—De la dinastía XIII á la XV.

Desde el advenimiento de Menes parecía haberse concentrado toda la civilización egipcia en la parte

media del país, entre Memphis y Thinis. En Memphis ó en Thinis habían residido los príncipes, y en Thinis ó en Memphis se habían desarrollado el arte y había producido sus obras maestras. Los nomos del Sur estaban relegados al segundo término. Sus metrópolis vivían en profunda

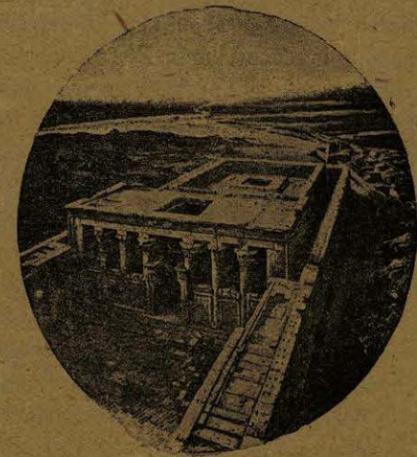
obscuridad y sus dioses eran ignorados hasta el punto de que en los monumentos de las seis primeras dinastías, sólo una vez se encuentra el nombre del dios grande de Tebas, Amu, señor de ambos mundos, patrón después de Egipto cuando las conquistas sirias.



Esfinge del tiempo de los Reyes Pastores.

Al perder Memphis la soberanía en medio de las revoluciones que asolaron el reino, y al gobernar los príncipes heracleopolitanos, las ciudades del Sur de Egipto, Coptos, Silsilis y Tebas sobre todo, empezaron á nacer á la vida pública. Los primeros monumentos que de ellas conocemos se derivan directamente de los últimos monumentos legados por la VI dinastía, pero todavía tienen rastros de torpeza y de rudeza provincial. Son tumbas abiertas en la roca, pintadas, pero no esculpidas. No representan escenas de la vida civil, y en los muros no se dibujan más que hacinamientos de ofrendas, acompañados de plegarias tomadas del *Libro de los muertos* ó del ritual de las pirámides reales. Como en la edad memfita, el pilar es un resumen de la capilla fúnebre; pero afecta otra forma, semejante á las bóvedas de los hipogeos del Alto Egipto. A veces figura en él el dios á quien se encomienda el alma del muerto.

La XI dinastía era oriunda de Tebas. Estaba



Vista del templo de Edfú.

emparentada con Pepi-Miriri por lazos desconocidos, y fué tronco original de la dinastía XVIII. Vasalla al principio de los reyes he-

racleopolitanos, tardó en conquistar su independencia. El primer príncipe suyo cuyo nombre conocemos, Antuf I, era un simple noble, sin más títulos que cualquier jefe feudal. Su hijo Montuhotpu I, era un Horu ó soberano parcial, jefe del país del Sur bajo la soberanía de los monarcas legítimos. A las tres generaciones, Antuf IV rompió el último vínculo de vasallaje y se hizo llamar «Dios bueno, amo de ambos países», pero no por eso prevaleció su autoridad sobre todo Egipto. Los Faraones de Heracleópolis conservaban la posesión del Delta é impusieron



Vista interior del templo de Abu-Simbel,

más de una vez su poder á los monarcas tebanos. El primero de éstos que consiguió gobernar las dos regiones fué Montuhotpu IV (Nikhrouri), que ocupó por esto más adelante un puesto preferente en las listas reales y representa á veces por sí solo á la familia á que pertenecía. Sus sucesores no conservaron el trono mucho tiempo, y lo cedieron al fundador de la dinastía XII, después de haber dominado menos de cincuenta años en todo Egipto.

Unos cuantos pilares funerarios, esculturas en las rocas, tumbas medio arruinadas y objetos pequeños diseminados por los museos de Europa es lo que nos queda de los diez y seis reyes que formaron la primera dinastía tebana. Las luchas sostenidas contra los reyes heracleopolitanos no les impidieron emprender expediciones afortunadas contra los pueblos vecinos. Montuhotpu III (Nikhhotpuri), se hizo representar cerca de Philae como vencedor de las naciones bárbaras;

Antuf IV (Nubkhopirri), derrotó á los negros y á los asiáticos; Ankhkeri Amoni pretendió inspirar terror á todas las naciones, pero sus triunfos no debieron de ser muy importantes. Al Norte y al Oeste, estaban abandonadas las colonias del Sinaí; al Sur, las conquistas de Pepi y sus sucesores se habían perdido, y la frontera no pasaba mucho más allá de Elefantina. Los reyes de la dinastía XII eran los destinados á hacer de Nubia una provincia egipcia.

Como constructores han dejado pocas huellas Antuf y Montuhotpu. No tenían, ni en su ma-

yor prosperidad, recursos bastantes para erigir monumentos considerables. Embellecieron á Tebas lo que pudieron, y una inscripción del año II de Montuhotpu III (Nikhhotpuri), indica que envió una expedición al valle de Hammamat en busca de la piedra necesaria para las construcciones en Tebas. En Drah Abu l'Neggah, hay una necrópolis donde fueron sepultados Antufa I, Antufa II, Antuf IV (Nikhhopiri), Montuhotpu IV y varios sucesores suyos. Las tumbas están destruidas desde los tiempos

de la XX dinastía, menos las de Antuf I.

Después de Tebas fué Coptos la ciudad más atendida por los primeros reyes tebanos. Situada en la salida de los caminos que llevan á orillas del Mar Rojo y á las canteras de Rohanou, se había desarrollado mucho. Antuf IV elevó edificios cuyos restos se han utilizado para construir un puente. Montuhotpu II y Montuhotpu III, eran muy devotos del dios local Minou, forma de Amon-Rá generador, y restauraron varios templos suyos, hoy derruidos. La exploración del valle de Hammamat emprendida por Sonkhkeri Amoni, fué causa del envío de uno de los más altos funcionarios de su corte á orillas del Mar Rojo, probablemente cerca de Qoceyr. Bien se ve que no carecían de iniciativa aquellos príncipes oscuros; pero revoluciones cuyo origen y desarrollo ignoramos, interrumpieron el desenvolvimiento de su poderío. Cuando Egipto se encontró de nuevo á las órde-

nes de un solo hombre, había dejado de reinar la dinastía XI.

Dinastía XII.—Conquista de Nubia.—El lago Moeris.

El advenimiento de la XII no se verificó sin que ocurriesen luchas. Amenemhait I, de origen tebano como sus antecesores, tuvo que batallar con los rivales, cuyas empresas perturbaban sus primeros años. Cuenta en sus *Instrucciones* al rey Ousirtasen I que tuvo que sofocar una rebelión, pero que á fuerza de perseverancia triunfó de sus adversarios. Luego se dedicó á reparar las desgracias causadas por las discordias civiles, y á rechazar los pueblos vecinos, libios, nubios y asiáticos, cuyas incursiones perturbaban el reposo de Egipto. En Nubia, después de haber pacificado el valle, penetró en las montañas, y volvió á explotar las minas de oro, abandonadas desde los tiempos de Pepi.

Amenemhait I no era joven cuando subió al trono, y á los diez y nueve años de reinado llamó al poder á su hijo Ousirtasen I, que compartió con él la realeza. A los pocos años, el viejo estaba tan preterido, que á veces se olvidaban los ministros de poner su nombre al lado del de su hijo en los documentos oficiales. Encerrado en su palacio, se limitaba á exponer opiniones que influyeron bastante, al parecer, en la prosperidad del país. Su reputación de sabiduría se extendió tanto, que un escritor contemporáneo ó poco menos, compuso un libro en que se representaba al rey dando instrucciones á su hijo sobre el arte de gobernar, aconsejándole que sobrepujara á sus antecesores, que conservara la buena armonía entre el soberano y los súbditos, que no atendiera únicamente al rico y al noble, etc., y en apoyo de sus consejos relata el anciano sucintamente sus propios hechos. Este opúsculo, que no ocupa más de tres páginas, llegó á ser clásico y estuvo en boga más de veinte siglos. En tiempos de la

dinastía XIX era aún de texto en las escuelas, y lo copiaban los estudiantes como modelo de estilo.

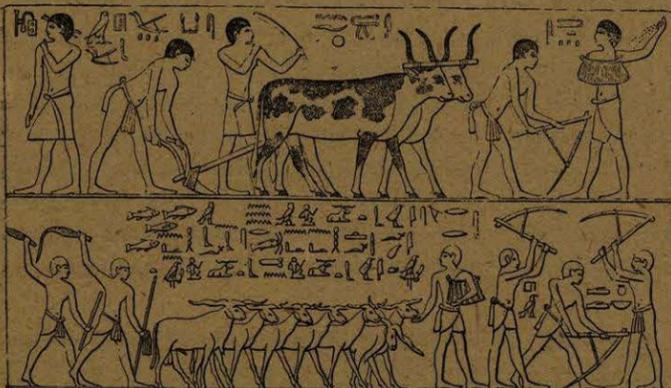
Ciertos pasajes de las *Memorias* de un aventurero llamado Sinouhit pintan muy bien el estado de Egipto y los países vecinos en aquella época. Era uno de los hijos de Amenemhait, y por haber sorprendido un secreto de Estado al fallecimiento de su padre, abandonó el ejército en que servía, y huyó á Asia. Llegado á la corte de un principillo asiático, le pidieron pormenores acerca del poderío de los soberanos egip-



Templo de Medinet Abú.

cios. Él dice entonces: «Mí destierro á este país es como el designio de un dios, porque Egipto está en manos de un amo á quien se llama dios bienhechor, y cuyo terror se extiende sobre todas las naciones vecinas, como la diosa Sokhit se extiende sobre la tierra en la estación de las enfermedades. Su hijo entra en palacio porque ha tomado la dirección de los asuntos de su padre; es un consejero prudente en sus designios, benéfico en sus decretos, que entra y sale á su gusto; domina las naciones extranjeras y mientras su padre permanece en palacio, él anuncia lo que ha ganado. Es un valiente que no da paz á la espada, hombre valeroso sin igual; ve á los bárbaros y se precipita sobre ellos; lanza el dardo, y los heridos no vuelven á empuñar la lanza. Es un hombre formidable que destroza las frentes; nadie le ha resistido. Es corredor rápido que acaba con los fugitivos: nadie le alcanza á la carrera. Es un león que hiere con la garra y nun-

ca rindió las armas. Es un valiente que se lanza adelante cuando ve la lucha. Es un soldado que goza al atacar á los bárbaros. Coge su escudo, sal-

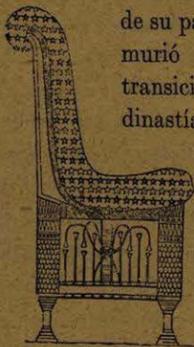


Trabajos agrícolas. (Bajo-relieve de la tumba de Ti.)

Línea superior. A la izquierda un escriba, luego un arado con bueyes y un hombre cavando la tierra. A la derecha la siembra. El siervo lleva colgado al cuello el saco de las semillas.
Línea inferior. Carneros á los cuales se obliga á andar golpeándoles y presentándoles por delante la comida, probablemente para que hagan penetrar la simiente en el suelo. A la derecha, hombres cavando.

ta, y sin repetir el golpe, mata, porque nadie puede resistirse á sus flechas. Sin que necesite tender el arco, huyen los bárbaros como liebres, porque la gran diosa le ha otorgado el don de combatir, y él no perdona á nadie. Es un amigo maravilloso que ha sabido apoderarse del afecto; su país le adora más que á sí mismo y hombres y mujeres le rinden homenajes. Es rey, manda desde su nacimiento, y es un ser único de esencia divina. Es un engrandecedor de fronteras que se apoderará del país del Sur y no codicia el país del Norte. Se ha hecho dueño de los asiáticos y ha destrozado á los nemmahaitou.»

Los egipcios se habían acostumbrado á considerar rey á Usirtasen I, aun en vida de su padre, de modo que cuando murió Amenemhait, la delicada transición del fundador de una dinastía nueva á su sucesor, se verificó con entera tranquilidad. Ousirtasen I estaba empeñado en una expedición contra los libios. Los funcionarios que habían permanecido en la capital de su padre le mandaron avisar la muerte del soberano. En seguida abandonó secretamente el campamento, y volvió á Memfis, donde le coronaron rey. El ejemplo de Ame-



Sillón egipcio antiguo.

nemhait I fué imitado por la mayor parte de sus descendientes. A los cuarenta y dos años Ousirtasen I ofreció el trono á su hijo Amenemhait II, y éste, treinta y dos años más tarde, compartió el poder con Ousirtasen III. Amenemhait III y Amenemhait IV, reinaron mucho tiempo juntos. Los únicos reyes de quienes no tenemos pruebas de este hecho son Ousirtasen III y la reina Sovkunofrin (la Skemiofris de Manetón) con la cual se extinguió la dinastía XII, que duró doscientos trece años, un mes y veintisiete días.

La dinastía XII es, seguramente, de las egipcias, aquella cuya historia ofrece más certidumbre y unidad. No conocemos desde luego todos los acontecimientos que en su tiempo ocurrieron. La biografía de sus ocho soberanos y los pormenores de sus guerras son muy incompletos, pero podemos seguir sin interrupción el desarrollo de su política, y reconstituir, á los cuatro mil años, el Egipto que ellos formaron y legaron á sus sucesores. A la vez ingenieros y soldados, amantes del arte y protectores de la agricultura, no dejaron de ocuparse en engrandecer el país que gobernaban. Su obra consistió en ensanchar las fronteras del imperio con detrimento de los pueblos bárbaros, en colonizar el valle del Nilo en toda su parte media, desde la primera catarata hasta la cuarta, en regularizar el sistema de canales y obtener mejor reparto de las aguas en lo que hoy es el Fayoum y en adornar con edificios á Heliópolis, Tebas, Tanis, Heracleópolis y otras ciudades menos célebres. Semejante

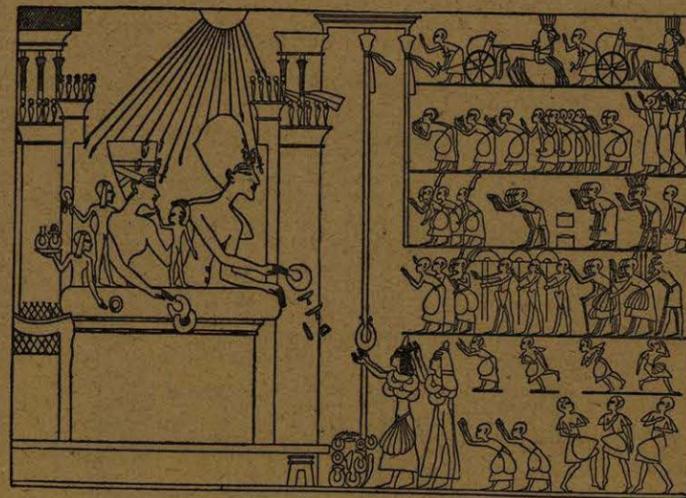


Candillos bárbaros prisioneros.

labor fué proseguida de padres á hijos durante más de dos siglos. Al salir Egipto de sus manos, agrandado en un tercio por la conquista de la

Nubia, y enriquecido por largos años de paz y de buena administración, disfrutaba de singular prosperidad. Más adelante, cuando ocurrieron las guerras asiáticas y las conquistas lejanas, tuvo más esplendor aparente é hizo más ruido en el mundo, pero en tiempo de los Ousirtasen, era más rico y más feliz.

Dos campos de batalla se presentaban á los Faraones: uno al Este del Delta, en Siria; otro al Sur de Egipto, en la Nubia propiamente dicha. Al Este, separado Egipto de las poblaciones sirias por el desierto, parecía que nada tenía que temer detrás de su cinturón de arenas. Todo lo más podía sufrir algu-



Un Faraón y su esposa conduciendo insignias honoríficas á un sacerdote y su mujer. Detrás del matrimonio; honrado con las insignias, se encuentra su servidumbre, que expresa alegría con gritos y danzas. En segunda línea, los escribas toman acta del suceso. Encima están sus carruajes.

nas incursiones de los bárbaros nómadas, más ruinosas para la fortuna de ciertos particulares que para la seguridad del país. Para prevenirse contra tales algaradas, difíciles de evitar, no obstante la vigilancia de los guardas de la frontera, los soberanos del antiguo imperio habían levantado una serie de fortalezas del Mar Rojo al Nilo, construyendo una muralla que cerraba á los salteadores la entrada del Ouadi-Toumilat. Esta muralla señalaba el confín extremo del imperio. Más allá empezaba el desierto, y para la masa de los egipcios, un mundo desconocido. Sobre los pueblos de Siria no tenían más que nociones vagas obtenidas por medio de las caravanas ó llevadas á los puertos del Mediterráneo por los marineros que los frecuentaban. A veces los ribereños del Delta veían desembarcar en sus ciudades grupos de emigrantes ó tribus enteras, que arrojadas de su patria por la revolución ó la miseria, iban á buscar asilo en Egipto. Uno



Guerreros de la Guardia Faraónica.

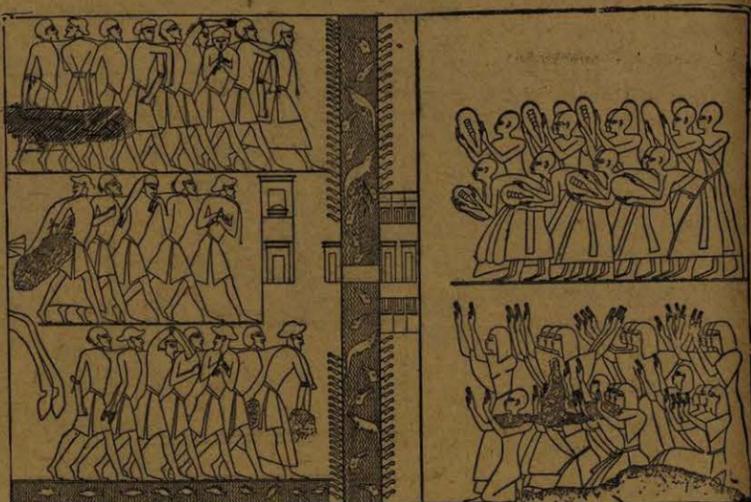
de los bajo-relieves de la tumba de Khnoumhotpou en BeniHassan reproduce la llegada de un grupo de emigrantes. Los pormenores de su tra-

je, el esplendor y buen gusto de las telas, la elegancia de la mayor parte de los objetos que llevan consigo, demuestran una civilización adelantada. De Asia sacaba ya Egipto muchos esclavos, los perfumes (de que hacía enorme consumo), maderas y esencia de cedro, vasijas esmaltadas, pedrerías, y las telas bordadas ó teñidas cuyo monopolio conservó Caldea hasta el tiempo de los romanos.

Los Faraones de la XII dinastía pensaron establecerse sólidamente en un solo punto del territorio asiático, en la península del Sinaí, cerca de las minas de cobre y la turquesa, explotadas antes por los príncipes del imperio antiguo. Guarniciones escalonadas en las gargantas de las montañas, protegieron á los obreros contra las intentonas de los beduinos, y gracias á esta medida, se pudo reanudar la explotación de los antiguos filones, abrirlos nuevos y hacer los trabajos con mayor actividad. Ousirtasen I, Amenemhait II, Amenemhait III y Amenemhait IV dejaron inscripciones con sus nombres, pero no prescindieron en tales casos de su política habitual. Los reyes de aquella dinastía, no tomaron más que el terreno necesario para la explotación, sin disputar el resto á las tribus del desierto.

La tribu más conocida era la de los Sitou ó Shasou, desvergonzados y ladrones, que extendidos por las fronteras de Egipto y Siria, vivían como los beduinos actuales, sin residencia fija,

ya del pillaje, ya del producto de sus míseros rebaños. Algunos de sus reinos, como el de Kadouma, eran frecuentados por mercaderes egipcios y servían de refugio á los desterrados. Un cuento popular, cuyo héroe vivió en tiempo de Amemhait y Ousirtasen I, pinta la existencia de aquellos desterrados en la corte de los pequeños príncipes asiáticos. Sinouhit, obligado á huir de Egipto por haber sorprendido un secreto de Estado, franquea la muralla oriental y se interna en el desierto. Recogido por los beduinos lo llevaron éstos hasta el territorio de Kadouma. Uno de los jefes le mandó buscar y le invitó á instalarse cerca de él, para hablar con ciertos hombres de Egipto que había entre sus huéspedes. Esto decidió al aventurero á vivir en el país, donde hizo fortuna rápidamente. Se casó con la hija mayor del jefe, el cual le dió á escoger entre las mejores tierras que poseía junto á la frontera del pueblo vecino. Eligió un lugar llamado Aia, abundante en higos, uvas y vino, miel, olivares, trigo, cebada y ganados. Recibía diariamente Sinouhit raciones de pan y vino, carne cocida, aves asadas, caza, manteca y queso. Pasó allí muchos años, acogiendo bien á todo el mundo, y castigando á los bandidos. Fué du-



Defensa fronteriza de Egipto.—Prisioneros beduinos ante el carro del Faraón, del que se ven las patas del caballo.—Sacerdotes y funcionarios que saludan al rey.

Los ataques del retador fueron vanos, y Sinouhit le venció, clavándole un dardo en el cuello. Así pinta Sinouhit, en sus *Memorias*, la vida de aquellas tribus del desierto, que con poca diferencia es la de los beduinos de nuestros días.

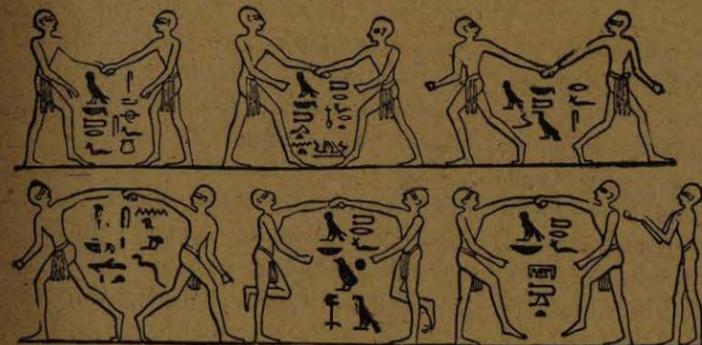


Asalto de una ciudad.—El Faraón en su carro de guerra lanza flechas contra los enemigos.

La atención de los príncipes de la dinastía XII se dirigió preferentemente á Etiopía, pues por aquella parte amenazaban á Egipto pueblos levantiscos que vivían en ambas riberas del Nilo y en los desiertos cercanos. Los primeros, entre las cataratas primera y segunda, eran los Ouaitou, antiguos enemigos de los Faraones con quienes habían luchado ya, y que obligados á retroceder hacia el Mediodía ó el Mar Rojo, preferían expatriarse á someterse. Más al Sur estaba el país de Hehou y el de Shaad, con canteras de caliza blanca. Por el desierto vagaban cien tribus de nombres extraños, como Snemik, Khasa, Suos, Kuas, Aqin, Anu, Sabiri, Akiti, Makisa, dispuestas siempre á las incursiones, y aunque siempre derrotadas, nunca pacificadas. Pertenecían á la raza blanca de Kush, que poco después de la conquista memfita había aparecido á orillas del Mar Rojo, expulsando á los

negros hacia las regiones del Alto Nilo. Estos pueblos nuevos, oriundos del tronco que luego produjo á los fenicios, llevaban consigo los elemen-

Aquel era realmente el lugar mejor escogido para servir de baluarte contra los invasores del Sur. La ancha cordillera de rocas graníticas, que corta perpendicularmente el valle en este lugar, oponía seguro obstáculo á las escuadras que quisieran forzar el paso, descendiendo la corriente. A ambos lados mandó construir Ousirtasen III unas fortalezas destinadas á dominar el río y el valle. Hechas de ladrillo crudo como todos los edi-



Danzas del antiguo Egipto.

cios militares de Egipto, aquellos fuertes, no sólo tenían las altas murallas y torres macizas de las ciudadelas antiguas, sino también la escarpa, el foso, etc., de las plazas más recientes, y podían desafiar durante mucho tiempo los medios de ataque existentes entonces.

Las expediciones posteriormente enviadas más allá de Semnéh no tuvieron ya como fin la conquista, pues se limitaban á exigir tributos ó á reclamar inciertos derechos de soberanía. Ousirtasen III hizo el año XVI una incursión metódica contra el país de Honá, en el Tacazzé, y Amemhait III se jactó de victorias sobre los etíopes, sin mencionar adquisiciones nuevas. Se fortificó el territorio recién anexionado, donde fundó Ousirtasen III, al Sur de Elefantina una ciudad llamada Hirou Khakeri, y edificó tanto á lo largo del río, que después de muerto fué divinizado en Semnéh y adorado durante más de diez siglos. Su templo, arruinado durante los primeros reinados de la dinastía XVIII, fué restaurado por Thutmosis III y ha durado hasta nuestros días. Su hijo y sucesor Amemhait III,

construyó frente á Pselkis una fortaleza importante. También tuvo la iniciativa de observar

los años VIII y XVI de su reinado.



Recolección del trigo.

las alturas que alcanzaba el Nilo en Semnéh durante las inundaciones, y estas medidas, anotadas en las rocas próximas, son los recuerdos más curiosos de su reinado.

Los ingenieros del Semneh no hacían esto movidos sólo por curiosidad. Reunían elementos de cálculo necesarios á sus colegas encargados en Egipto de la conservación de los canales, cosa muy útil en una comarca donde el buen éxito del cultivo depende del reparto de las aguas en la superficie del terreno, y en una época en que los príncipes buscaban todos los medios posibles para remediar lo excesivo ó lo insuficiente de la inundación. Trazó Ousirtasen I una línea de diques á lo largo de la orilla occidental,



Templo de Ammón en Luxor.

contra la que se ensañaba preferentemente el río, y sus sucesores, ocupados en las guerras nubias, no dejaron, sin embargo de vigilar el servicio de las aguas. A algunas leguas más arriba de Memfis se interrumpe de pronto la cordillera líbica y descubre la entrada de un valle que se va ensanchando y acaba por formar un anfiteatro. En el centro hay una ancha meseta, cuyo nivel general es el de las llanuras de Egipto. Al Oeste una depresión considerable del terreno forma un valle lleno de las aguas de un lago natural, de longitud de diez leguas.

En tiempos remotos era el lago mucho mayor que hoy y llenaba todo el anfiteatro, excepto un distrito pantanoso al pie de la montaña oriental. Allí se encontraba lo que desde tiempo remoto se llamaba *To Shait*, tierra del lago, y en esta tierra la población de Shodit, llamada más adelante Crocodilópolis por los griegos. Se aficionaron á este sitio los reyes de la dinastía

XII, y Amenemhait I construyó allí un edificio del cual se ha desenterrado su estatua. Ousirtasen I edificó un templo y Amenemhait III hizo más, pues si no fundó á Crocodilópolis, como suponen ciertos autores, por lo menos erigió monumentos cuya naturaleza mal comprendida en la época helénica, dió origen á la leyenda del lago Moeris y del Laberinto.

Herodoto es el primer historiador occidental que habla de ellos y el único que los vió, y los historiadores posteriores tomaron de él la descripción, embelleciéndola con rasgos más ó menos fabulosos. Contó Herodoto que el faraón Moeris (desconocido en los documentos indígenas), había establecido allí un depósito inmenso donde almacenaba el agua sobrante de la inundación. Este depósito estaba circundado por fuertes diques y tenía 90 millas de contorno. Dos canales con esclusas lo hacían comunicar con el Nilo y regularizaban la entrada y salida del agua. Uno de ellos se enlazaba con el río á cierta distancia al Sur y corría en diagonal á lo largo de la cordillera lí-

bica. El otro empalmaba más abajo, al Este de Fayoum, y seguía probablemente el cauce del canal auxiliar cercano hoy á Beni Suef. Probablemente estarían las esclusas en la intersección de ambos canales y sólo se abría la rama del Norte en el momento del estiaje. Si la crecida era suficiente, el agua almacenada en el lago y soltada luego poco á poco, según era necesaria, sostenía el nivel á conveniente altura en todo el Egipto Medio y en la orilla izquierda del Nilo hasta el mar. Si al año siguiente la crecida amenazaba invadir las ciudades ó llevarse los pueblecillos del Delta, ó estacionarse en las tierras bajas y convertirlas en pantanos, el lago Moeris absorbía el exceso de agua y la aprisionaba hasta que el río empezara á bajar. En medio del lago dicese que se erguían dos pirámides coronadas por colosos sentados, uno de los cuales representaba á Moeris y el otro á

la reina, su mujer. Desde lo alto de su pedestal, parecía que el Faraón dominaba su obra y contemplaba eternamente los campos que le debían su riqueza.

Construido el depósito, estableció Moeris su residencia en las cercanías, donde erigió un palacio y una tumba. El palacio se llamaba Laberinto y estaba al Oriente del lago, en una pequeña meseta próxima á Crocodilópolis. Su fachada que daba al lago, era de caliza tan blanca, que los antiguos suponían que era de mármol de Paros, y el resto del edificio, de granito.

Había allí un dédalo de habitacioncitas oscuras, todas cuadradas y unidas entre sí por medio de pasillos tan tortuosos, que á un forastero le era imposible encontrar la salida. Dicese que las habitaciones eran tres mil, todas subterráneas. Techos y muros estaban adornados con inscripciones y figuras esculpidas. Allí se encerraban los emblemas de las divinidades y los objetos preciosos, trajes sagrados, sistros, collares, todo el material del culto, preservado por perpetua obscuridad, de insectos, moscas, polvo y sol. En el centro había doce salones hipostilos, colocados dos

á dos, cuyas puertas se abrían seis al Norte y seis al Sur. En la esquina del Norte había preparado Moeris su tumba, pirámide de ladrillos crudos revestida de piedra esculpida, que pareció á los griegos el monumento más perfecto del arte egipcio. Según contaron á Herodoto, el Laberinto no era obra de Moeris, sino de Psammético y sus once compañeros de regencia. Otros autores se lo atribuyen á distintos Faraones.

Poco hay de real en estas leyendas. El famoso depósito de agua que reglamentaba la inundación para fertilizar á Egipto, nunca ha existido. Lo que vió Herodoto fué la inundación anual (*Moiri*) y le parecieron diques las calzadas que separaban unos estanques de otros. Cuando visitó á Egipto, el lago natural era mucho mayor que ahora y su nivel bastante alto para

que, en el momento de la crecida, pareciera todo el país una sola balsa de agua. El Laberinto no era tampoco el palacio maravilloso descrito por Herodoto. Era la ciudad que fundó Amenemhait III como dependencia de su pirámide y cuyas ruinas se ven junto al pueblo moderno de Hauara. Aunque los reyes de la dinastía XII no llevaron á cabo las obras gigantescas que la tradición les atribuye, fueron infatigables constructores. En Tebas, embellecieron Amenemhait y Ousirtasen I el gran templo de Amon. En Abidos, restauró Ousirtasen I el de Osiris. En Memfis, edificó Amenemhait III los propileos al Norte del templo de Phtah. En Tanis em-



Templos de Philae.

pezó Amenemhait I, en honor de las divinidades de Memfis, un templo que sus sucesores agrandaron á porfía. Bubaste, Heliópolis, Zorit y otras poblaciones no fueron olvidadas. Los príncipes de la dinastía XII, lo mismo que sus antecesores memfitas, cuidaban mucho de prepararse tumbas magníficas. En Licht se ha encontrado la pirámide de Ousirtasen I, la de Ousirtasen III en Dahchury, las de Ousirtasen II y Amenemhait III en Iahun y en Hauara. Están bastante estropeadas y en la de Ousirtasen III se han encontrado las alhajas admirables que existen hoy en el Museo del Cairo. Son alhajas de muerto, con la montura algo ligera para el peso de los esmaltes, pero de color muy rico, y ejecución muy hábil. Nada ha hecho el arte de la orfebrería superior á las obras de aquellos artífices egipcios. Los hipogeos donde

reposaban los señores feudales, sometidos á la soberanía de los Faraones, han sobrevivido y resucitan á nuestra vista el valle del Nilo tal como era hace cinco mil años, desde la primer catarata hasta cerca de Memfis.

Donde mejor se comprende cuál sería entonces la condición del país es en Beni-Hassan, en el cementerio de los señores hereditarios del Mihi, que pertenecían al feudalismo egipcio. Debieron de disfrutar una independencia completa en los tiempos revueltos de las dinastías X y XI, formando á manera de una dinastía local. Sometidos por Antuf y Mantuhotpu, antes de lograr extenderse por los nomos vecinos, se contentaban con ejercer funciones muy elevadas junto á los Faraones. Muy curiosa es su biografía para formarse idea de la historia de las clases nobles. El primero que conocemos fué instituido monarca en la ciudad de Monait-Khufui por Amenemhait I. Cuando llegó á señor de Mihi le sucedió en Monait-Khufui su hijo Nakhiti, con el título de gobernador, pero habiendo muerto éste sin posteridad, el rey Ousirtasen I concedió á su hermana Baqit el título de princesa heredera. Baqit llevó en dote el nomo de Mihi á Nuhri, que era de la familia de los barones de Khumunou, y duplicó así la fortuna de éste. Su hijo Khumunhotpu, fué nombrado desde muy joven gobernador de Monait-Khufui, título que parecía corresponder en la familia al heredero presunto, como al de la corona de Egipto le correspondía en la dinastía XIX el título de *príncipe de Kush*. Su matrimonio con la dama Khiti, princesa heredera del nomo décimoséptimo, puso bajo su mando una de las provincias más fértiles de la Heptanómida. En tiempo de su hijo Nakhiti llegó la casa al apogeo de su grandeza. Confirmado éste en todas sus dignidades, recibió de Ousirtasen II un gran gobierno que abarcaba quince de los nomos del Mediodía, desde Afroditopolis hasta la frontera de Tebas.

Este ejemplo enseña cómo pasaban los nomos, principados hereditarios, de una á otra familia, por matrimonio ó por herencia, siempre que autorizara el soberano la investidura. Los deberes de tales príncipes para con el rey y los súbditos eran muy definidos. A aquél le debían el impuesto y el servicio militar; á éstos, justicia buena y exacta.

Bajo la influencia pacífica de los barones locales, la riqueza se desarrolló de una manera prodi-

giosa. Hay que estudiar en las paredes de las tumbas de Beni-Hassan ó en las láminas de los sabios Champollión, Rosellini ó Lepsius, las pinturas en que los artistas de aquel tiempo representaron los diferentes oficios que se usaban entonces, para formarse idea de la actividad con que se practicaba todo trabajo útil. Vese en unas la labranza con parejas de bueyes ó con brazos de hombre, las demás operaciones agrícolas, la fabricación del vino, su envase en ánforas y la preparación de las bodegas. Otros cuadros presentan al escultor en piedra y en madera, vidrieros soplando, alfareros que modelan, carpinteros, zapateros, curtidores y tejedores vigilados por eunucos. A pesar de los alardes de caridad que los monarcas inscribían en sus piedras tumulares, era muy dura la vida de estos obreros. Encorvados sin cesar bajo el látigo del capataz, tenían que trabajar todo el día, por una escasa ración, apenas suficiente para alimentarles. Un escriba egipcio, muy orgulloso de las ventajas de su profesión, describe las penalidades de aquellos trabajadores en un opúsculo destinado á aconsejar á su hijo que siga la carrera de las letras. El estudio de las letras sagradas, la profesión literaria, tenía brillante porvenir y quien á ella se dedicaba podía llegar, según sus aptitudes y su destreza, á ser general, sacerdote, recaudador de impuestos, gobernador de nomos, ingeniero ó arquitecto. En muchos escritos, considerados como clásicos en siglos posteriores, se ponderaba mucho la ciencia literaria. Del tiempo de la dinastía XII se conservan el Cuento de Sinouhit, las *Instrucciones* del rey Amenemhait I á su hijo Ousirtasen, las *Recomendaciones* del escriba Khrodi, hijo de Duani á su hijo Pepi, y el hermoso *Himno al Nilo* que figura en el Museo Británico.

Mejor todavía podemos apreciar la perfección alcanzada por las artes plásticas. No podemos formarnos idea exacta de los templos ó palacios, por haber destruído el tiempo hasta las ruinas de muchos edificios inmensos que adornaban entonces las ciudades reales de Egipto, pero los pórticos de las tumbas de Beni-Hassan nos autorizan á afirmar que ya la arquitectura había producido obras maestras. Uno de ellos está adornado con columnas análogas á las dóricas, y anteriores, lo menos dos mil años, á las columnas de este mismo orden más antiguas, erigidas en Grecia. La escultura, aunque inferior en ciertos puntos al gran arte del Imperio antiguo, nos ha dejado

fragmentos tan admirables, que no se comprende dónde pudo encontrar Egipto bastantes artistas para ejecutarlos. Las estatuas de Amenemhait I y Ousirtasen I, descubiertas por Mariette en Tanis, son casi tan hermosas como la de Kefren. Inspiraban tanta admiración á los mismos egipcios, que los Faraones de época posterior, Ramsés II y Minephtah, las usurparon. El coloso de granito de color de rosa erigido por Ousirtasen III delante de la puerta de un templo de Osiris, en Abidos, demuestra que las esculturas del Alto Egipto no eran inferiores á las del Delta. Una escuela local, que parece haber residido en Tanis, nos ha legado obras de un estilo particular que creyó al principio Mariette representaban á soberanos



Cabezas de los Hiksos.

Esfinges de Tanis que representan cabezas de estos reyes bárbaros.

Hyksos ó Pastores, cuando en realidad representan á Amenemhait III. En general, el estilo de aquellos monumentos es notable por un vigor exagerado. Todos los accesorios, dibujo de ornamentos, grabado de los jeroglíficos, etcétera, tienen una finura que no se ha logrado después. Los bajo relieves, siempre desprovistos de perspectiva, son, como durante el período memfita, extraordinariamente delicados. Los revestían con colores tan vivos que aún conservan todavía todo su brillo. El arte de la dinastía XII, examinado en conjunto, fué muy poco inferior al de las dinastías anteriores. Los defectos que más adelante entorpecieron el desarrollo de la escultura egipcia, lo convencional en los detalles, la pesadez de las juntas, la rigidez hierática, apenas se notaban. Siempre que en medio de la decadencia artística se anunciaba un renacimiento parcial, los escultores de las dinastías XXIII y XXVI iban á buscar sus

modelos en las obras de la IV y la XII y trataban de imitar su estilo.

Estaba, pues, Egipto en plena prosperidad al morir Amenemhait III. La dinastía

De la dinastía XIII á la XV. había conquistado á Nubia y recobrado la península del Sinaí, saneando el suelo, regularizando la inundación, adornando las ciudades principales con templos y monumentos, asegurando la buena administración: en una palabra, terminando la obra restauradora bosquejada por la dinastía XI. Fué en este feliz momento cuando se extinguió, después de los insignificantes reinados de Amenemhait IV y de su hermana Sovkunofriu. Habían pasado trece años y pocos meses después de la muerte de Amenemhait IV cuando subió al trono é inauguró nueva dinastía el tebano Sookhotpu I Khutiniri.

Duró esta dinastía ciento cincuenta y tres años, y la formaron 60 reyes, cuyo orden de sucesión es todavía incierto. Durante este período la serie dinástica, interrumpida más de una vez por falta de descendientes varones, se reanudó sin sacudida, gracias á los derechos hereditarios que poseían las princesas y transmitían á sus hijos. Sovkhotpu II Skimuztoniri, hijo de un simple sacerdote (Mantuhotpu) y de una princesa real, heredó de su madre la corona de Egipto. Nofirhotpu II Khasoshshuri, cuyo padre no pertenecía á la familia reinante, fué rey como heredero de su madre Kama. El examen de los monumentos demuestra que la dinastía XIII dió á todo Egipto algunos siglos de prosperidad. Los Sovkhotpu y los Nofirhotpu que aparecen en sus listas y cuyos nombres recuerdan involuntariamente los 18 reyes etiópicos que, según dice Herodoto, eran muy anteriores á Sabacón, supieron conservar las conquistas de sus antecesores y á veces las extendieron. El rey vigésimo cuarto ó vigésimo quinto, llamado Sovkhotpu Khanofirri podía erigir colosos en la isla de Argo, á unas 150 leguas al Sur de Semnéh. En lo interior, prosiguieron los trabajos de hidrografía emprendidos por Ousirtasen y Amenemhait. Uno de ellos, Sovkhotpu Skemkhotuir, mandó anotar en el Observatorio de Semnéh las alturas de la crecida del Nilo en los primeros cuatro años de su reinado. Se esmeraron en em-

bellecer las grandes ciudades de Egipto y ejecutaron obras en Tebas como el gran templo de Amon, en Bubaste, en el Delta, donde cuentan que se encontró la hermosa estatua de Sovkohtpu Khanofirri, que hoy está en el Louvre, y en Tanis, donde parece que tuvieron una de sus residencias favoritas.

Veneraron particularmente el santuario de Abidos. El rey Nofirhotpu Khasoshshuri le concedió donativos considerables, y Ranuzir Raumatan lo restauró por mediación de uno de sus oficiales. Sovkumsanf Skemonaskuri le consagró su estatua, y los particulares prodigaron sus favores al templo de Osiris. El estilo de las obras de aquella época empieza á ser inferior al de las de la dinastía XII. Las proporciones de la figura humana comienzan á alterarse, el modelado de los miembros pierde vigor y perfección. A pesar de los defectos, la mayor parte de las estatuas reales conocidas hasta ahora son de una belleza pocas veces alcanzada en épocas posteriores. Basta examinar con cuidado una de ellas y recordar que las hay semejantes á lo largo de todo el valle del Nilo, desde la tercera catarata hasta las bocas del río, para reconocer que entonces fué Egipto una gran potencia que obedecía á un solo cetro y no un Estado dividido en dos reinos independientes, ó poseído militarmente por los reyes Pastores establecidos en el Delta.

¿Fueron tan felices los últimos años de la dinastía XIII como los primeros? No puede decirse, dado el estado actual de la ciencia. Puede, sí, afirmarse que los monumentos son escasos, y no tienen el mismo mérito que los primeros. Las listas de Manetón registran un hecho cierto: el centro del poderío egipcio cambió de lugar entonces. La preponderancia ejercida por Tebas durante setecientos años, se transmitió á las poblaciones del Delta. Los Faraones de las dinastías XII y XIII (éstos sobre todo) habían preparado tal resultado favoreciendo al Norte, á Mendes, á Sais, á Bu-

baste, á Tanis, en detrimento del Mediodía. Cuando aquéllos desaparecieron, perdió Tebas su categoría de capital y le sucedió Xoís, ciudad del Bajo Egipto. El Delta se había aprovechado de las obras ejecutadas por los tebanos, tanto como el valle propiamente dicho, ó más. Sus pantanos estaban cegados, saneados sus campos, regularizados sus canales y lo enriquecía sin cesar el comercio con Asia. Xoís, situada en el centro de la llanura, y que hasta entonces había hecho poco papel, pareció haber ganado más que otras ciudades con la prosperidad general. La dinastía XIV, salida de sus muros, contó, según dicen, 75 reyes, que reinaron cuatrocientos noventa y cuatro años. Sus nombres llenan columnas de las páginas del papiro de Turín, y los guarismos que indican la longitud de su reinado son á veces muy bajos. Se ve que se sucedieron en el trono muy rápidamente, pero se desconoce su historia. Puede suponerse que los últimos fueron destronados por revoluciones y guerras civiles.

Véase el cuadro de la XII dinastía.

XI DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

(?)

XII DINASTÍA (DIOSPOL)

I. Shotfabri.	IX. Amenemhait.
II. Kopivkevi.	X. Usirtasen I.
III. Noubkouri.	XI. Aenemhait II.
IV. Khakhopiri.	XII. Usirtasen II.
V. Khakhouri.	XIII. Usirtasen III.
VI. Raumait.	XIV. Amenemhait III.
VII. Makbrouri.	XV. Amenemhait IV.
VIII. Sovkunofriu.	XVI. Sookhunofriu.

XIII DINASTÍA (DIOSPOLITANA)

(?)

XIV DINASTÍA (XOITA)

(?)

LIBRO II

EL ASIA ANTERIOR, ANTES Y DURANTE EL TIEMPO DE LA DOMINACION EGIPCIA

CAPÍTULO I

La Caldea.

Pobladores primitivos de Caldea.—La creación; el diluvio.—Historia fabulosa de Caldea; sus primeros reyes históricos.—La invasión cananea y los Pastores en Egipto.

Al Norte y al Este de Africa, en la inmensa extensión de territorio comprendido entre el Mediterráneo, el Mar Negro, el Cáucaso, el Caspio, el Indo y los mares que bañan las costas meridionales de Asia, se agitaban confusamente naciones de diverso origen, desconocidas casi todas para los primeros Faraones.

Separado de ellas por el desierto y el mar, nunca se había entrometido Egipto en sus asuntos. Si acaso, había llevado sus colonias mineras hasta el Sinaí, construyendo algunas fortalezas para proteger á los colonos. Una muralla á través del istmo le servía de valladar contra todo lo que le amenazaba desde Siria, y le permitía seguir, libre de las invasiones del Norte, el curso de sus destinos. Algunas de estas naciones, sin nombre y sin historia, pertenecían indudablemente á aquella humanidad primitiva que cubrió la tierra en épocas tan remotas, que sólo al geólogo corresponde buscar su fecha.

La mayor parte estaban emparentadas con razas más fuertes y nobles, esparcidas desde las orillas del mar Caspio hasta las del Mediterráneo. Procedían, al parecer, de las estepas del Asia septentrional y bajaron hacia el Sur en busca de climas más suaves y de comarcas más fértiles. Parte de los emigrantes ocupó los distritos montañosos que se extienden al Sur del Caspio, junto á la meseta de Irán. Al pie de las montañas, el país tiene arbolado y agua. Hacia el interior los ríos disminuyen en caudal, y acaban por perderse en los arenales, excepto dos ó tres que desaguan en el lago Haunin. Menos la faja de tierra unida á sus riberas, el resto de la co-

marca es un desierto salado ó formado de grava y arena fina y movediza, con la cual levanta el viento inmensas olas longitudinales, ó de arcilla endurecida por el sol. La masa de la nación se estableció sólidamente en la linde horizontal de la meseta, á cuya región se dió más adelante el nombre de Media. Varias tribus se fueron al Oeste, á Atropatena, á Armenia y hasta al Asia Menor. Otras se dirigieron hacia el Sur y se fijaron allende las montañas, en las llanuras de Susiana y á orillas del Tigris y el Eufrates.

Estos ríos nacen en Armenia, en el monte Nifates, la más alta de las cordilleras que se yerguen entre el Ponto Euxino y Mesopotamia, la única que en ciertos sitios llega á la línea de las nieves perpetuas. Corren al principio paralelos, el Eufrates de Este á Oeste hasta Malatiyeh, y el Tigris de Oeste á Este, en dirección á Asiria. Más allá de Malatiyeh el Eufrates se desvía bruscamente al SO., se abre camino á través del Tauros y luego al SE. hacia el golfo Pérsico. Al salir de las montañas, el Tigris se inclina al Sur sin vacilaciones y se va acercando al Eufrates. Cerca de Bagdad, no separa á ambos ríos más que un terreno bajo y llano de pocas leguas; pero todavía no se juntan. Después de correr próximos de 20 á 30 millas, se separan, y se vuelven á unir 80 leguas más abajo, para formar el Shatt-el Arab y desaguar en el golfo Pérsico. Ambos reciben afluentes, y son navegables en gran parte de su curso; el Eufrates desde Soumeisat, y el Tigris cerca de Musul. Al derretirse la nieve, á principios ó mediados de Abril, crecen, se desbordan y no vuelven al



Un arplista egipcio.